



proyecto, progreso, arquitectura
ISSN: 2171-6897
revistappa.direccion@gmail.com
Universidad de Sevilla
España

González-Capitel, Antón
LA ARQUITECTURA COMO MODO DE ENTENDER EL MUNDO. NOTAS DE UN
PROFESOR VETERANO
proyecto, progreso, arquitectura, núm. 12, mayo, 2015, pp. 18-23
Universidad de Sevilla
Sevilla, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=517651577002>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

LA ARQUITECTURA COMO MODO DE ENTENDER EL MUNDO. NOTAS DE UN PROFESOR VETERANO

ARCHITECTURE AS A WAY TO UNDERSTAND THE WORLD. NOTES FROM
A VETERAN PROFESSOR

Antón González-Capitel

RESUMEN El autor sintetiza su posición y su historia acerca de la enseñanza, la investigación y el propio ejercicio de la arquitectura partiendo de los viejos tiempos de las primeras crisis modernas, donde el sentido de la arquitectura se había perdido casi, y su recuperación a través de la confianza en la historia, sobre todo en la tradición moderna, y en el entendimiento de la arquitectura como una disciplina de contenido propio, como un importante campo de conocimiento y, así, de un privilegiado modo de entender el mundo.

PALABRAS CLAVE tradición moderna, disciplina, enseñanza, investigación

SUMMARY The author summarizes his position and his story about teaching, research and the actual practice of architecture. Starting from the old days of the first modern crisis, where the sense of architecture was almost lost, and its recovery, through the confidence in history especially in the modern tradition, and on the understanding of architecture as a discipline of its own content, as an important field of knowledge and thus, a privileged way of understanding the world.

KEY WORDS Architecture, modern tradition, discipline, teaching, research

Persona de contacto/Corresponding autor: antoncapitel@gmail.com. Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.

En 1971, la Escuela de Arquitectura de Madrid estaba vacía de ideología; o, al menos, de ideología que fuera satisfactoria. Los tardíos años sesenta la habían convertido en un desierto. Por un lado aquellas cosas de Archigram, y tantas, y tantas otras, vanguardias; por otro, la semiología, la sociología, la política, Alexander, los ordenadores, el neo-funcionalismo, el estructuralismo... iuf! Tantas, demasiadas cosas. Tantas que desaparecieron; un viento, quizá ligero, se las llevó sin esfuerzo. Eran bienes volanderos. En 1971 no quedaba nada.

Pero la arquitectura misma, la arquitectura buena, convencional o no, también se había ido. El movimiento moderno, después del organicismo, había llegado a una situación muy ecléctica y había desaparecido. Al menos había desaparecido en las conciencias de aquellos que, muy jóvenes, empezábamos entonces a ocupar las Escuelas. Nos llamaron, les hacíamos caso y las ocupábamos, pero estábamos huérfanos. No sabíamos qué hacer. ¿Dónde está la arquitectura? ¿En qué consiste?

Tan sólo algunos valores locales –acaso de la Sotano de prestigio internacional reciente –Stirling– ocupaban entonces los sitiales poco antes tan llenos de dioses –Aalto, Utzon, Kahn,...–. Pero, pronto, nos dimos cuenta de que el error no era otro que el de la confianza excesiva

y exclusiva en lo contemporáneo, en lo último, en lo más original y novedoso, que ponía en duda todo lo anterior. Pues la arquitectura estaba, en realidad, en muchos sitios: en las ciudades y en los libros, por ejemplo, y sobre todo. Fuimos de viaje, paseamos calles y entramos en librerías, y empezamos a ver que, para nuestra tranquilidad, la arquitectura estaba allí. No era un misterio, podía verse y hasta tocarse, discutir sobre ella, conocerse, analizarse. Analizar, mostrar, explicar la arquitectura buena de los dilatados y diversos tiempos modernos se convirtió pronto en nuestro recurso principal. No importaba el tiempo en que la arquitectura se hubiera producido, no importaba su tendencia, o su clase, sólo importaba que nos pareciera interesante, cualificada, atractiva.....

Y aparecieron, por fortuna, nuevos profetas, capaces de consolidar algo aquellas intuiciones. Uno nacional, afincado a medias entre Madrid y Barcelona –Moneo–, que parecía entonces de tono menor, pero que no lo era, y que explicaba y nos ayudaba a entender a los entonces considerados profetas mayores, a los extranjeros, casi evangelistas –Rossi y Venturi–, con sendos libros del mismo año, 1966, pero que pudieron leerse en España sólo en los primeros años 70. Rossi y Venturi parecían contrarios –había entonces rossianos y venturianos– pero no lo eran, eran complementarios. Ambos defendieron la

arquitectura –y la ciudad– como tal, como una cuestión de forma. De forma no banal, de forma profunda, con contenido propio, y como principio de la arquitectura misma, de lo que empezó a llamarse entonces "disciplina".

Por estas vías, sencillas, pero intensas y eficaces, las Escuelas –la Escuela de Madrid, al menos– fueron recibiendo nueva y densa sustancia, y comenzaron a crecer en el conocimiento de un campo que era en definitiva el propio, pero que tan degenerado o tan evasivo se había mostrado tan sólo pocos años antes. Los nuevos profesionales –y algunos de los que ya lo eran, pocos– fueron saliendo adelante y fueron también creciendo. El cultivo del conocimiento arquitectónico, incubado en las Escuelas, generó, poco a poco, una arquitectura española renovada que en no mucho tiempo tuvo reconocimiento internacional. Quien no supiera por qué se había producido este fenómeno, ahí lo tiene: una crisis ecléctica había dejado el panorama huérfano, vacío. Pero la lucidez de que la arquitectura era como tenía que ser, distinta, renovada, variada, pero como siempre, al fin y al cabo, llenó este vacío con el imprescindible apoyo del conocimiento, la reflexión y el trabajo. Y estas cosas, con toda lógica, hicieron milagros. Milagros ya bien conocidos.

Y esas cosas nos sostienen todavía, podría decirse. Saber que nos interesa toda la arquitectura, toda, la de todos los tiempos. Que nos interesa conocerla, examinarla, analizarla, aprender de ella, conocer sus instrumentos, sus métodos, sus procedimientos, sus recursos,... sus hallazgos,... La de todos los tiempos, pues la naturaleza de la arquitectura y sus enseñanzas no cambia tanto como parecería que lo hace al contemplar circunstancias, modos de vivir, materiales, estilos, ideales, tan, tan distintos como se van produciendo a lo largo del tiempo. Que la historia de la arquitectura probablemente no sirva para nada práctico, que no sirve, desde luego, para proyectar, pero que resulta imprescindible para entender la disciplina misma, para conocer el mundo.

Saber que la sabiduría implícita en la arquitectura es real, que contiene conocimientos y contenidos reales. Que la arquitectura avanza siempre, pues es empírica, se produce por la práctica, pero que se ilumina mediante la teoría y la crítica que esa práctica suscitan. Que no se puede hacer un auditorio, por ejemplo, ignorando los hallazgos de Aalto o de Scharoun,

como vemos en algunos sedicentes contemporáneos. Que solo puede ignorarse aquello que realmente se conozca.

Saber, pues, que la arquitectura es conocimiento y trabajo, más que habilidad innata, condición artística, originalidad o innovación. Que en la arquitectura la innovación no puede ser un objetivo, sólo un hallazgo, y que tampoco la creación puede ser un fin, pues debe de tratarse tan sólo de un acontecimiento. Que sólo la más alta calidad posible es el fin único y acertado. ¿Que qué es calidad?, dicen ustedes. ¡Ay, amigos! A eso sólo se responde, como a todo, con el conocimiento.

¿Hay progreso? Claro que lo hay, como no puede ser de otro modo. Podría escribirse una historia de la arquitectura como la angustioso transcurso por alcanzar el dominio de tipos y de procedimientos, como la historia de los fracasos y como la historia de haber ido logrando, paulatinamente, el dominio de antiguas ambiciones arquitectónicas, antes muy torpemente conocidas. El siglo XXI es fecundo, pero no tanto por las ansiosas muestras de originalidad –aunque algunas estimables y atractivas, otras muchas ridículas, superfluas y nocivas–, sino por ser el heredero de una historia de la arquitectura tan rica. Sobre todo, por ser el heredero del siglo XX, en el que la revolución arquitectónica moderna produjo la mayor cantidad, calidad y diversidad de arquitecturas cualificadas de ningún otra época en la historia. Quien ignore las tradiciones modernas del siglo XX ignorará el contenido mismo de su propio quehacer, ignorará la arquitectura, no entenderá el mundo.

Así, pues, conocimiento. Profundizar en la arquitectura no tanto, o no sólo, como una actividad profesional, técnica y artística, si no como una cultura, como un campo de conocimiento, como un modo, también, de entender el mundo.

La arquitectura como estudio, como acumulación de sistemas, como teoría. Dicen que no hay teoría, tantos lo dicen, convencidos de que el transcurso del tiempo todo lo supera, todo lo deja atrás. Puede que así sea, pero no es por esto por lo que no hay teoría, no la hay porque nadie, casi nadie, se dedica a ella. O, si lo hace, la teoría se entiende como una reflexión especulativa, apoyada en la filosofía, y muy lejana, lejanísima, de la arquitectura real, de la arquitectura como tal.

Es necesario defender la teoría como la palabra que la arquitectura no tiene. Las arquitecturas que nos interesan son inmensas, casi infinitas, variadísimas, opuestas, complementarias,... Las teorías deberían serlo. Las teorías deberían dar la palabra a la arquitectura, hablar por ella, explicarla, desentrañar sus métodos y sus logros, reflexionar de forma concreta sobre lo que han alcanzado. Defendemos la teoría como algo parecido a lo que los italianos de los años 60 llamaban "teoría del proyecto", o "crítica operativa", que Tafuri, con su artillería ideológica, ridiculizó y pulverizó para introducir un modo de ver lejano, lejanísimo, de entenderla, desde presupuestos ideológicos y filosóficos que acaso ayuden a determinadas concepciones del mundo, pero no tanto, casi nada, a la propia arquitectura, que es lo que resulta ser de nuestro interés.

"Sublime inutilidad" llegó a decir Tafuri de la arquitectura cualificada de su tiempo. Pero podemos volver ahora del revés ese agresivo ataque y, sin que nos mueva la crueldad, dedicar su epíteto a sus propios ensayos; sobre todo, desde luego, a aquellos que pretendían ser más profundos, y que fueron en buena medida responsables del modo en que la teoría, la inútil teoría, se ha extendido desde el mundo anglosajón. Hoy las facultades y escuelas de arquitectura, ebrias de teorías filosóficas, buscan inútilmente lo que podrían tener, en realidad, entre sus manos, si no hubieran sido como las vírgenes necias.

En los años 70, los rossianos hablaban de una "refundación disciplinar", en buena medida aplicada en su momento, y como ya se ha dicho o insinuado. Pero, después de tantos años, la creencia en que el campo de la arquitectura sea algo propio y consistente, se ha quebrado, al menos para determinadas generaciones. Acaso la escasa importancia que parece tener la buena arquitectura para la sociedad que ha de hacerla posible haya influido en esta falta de fe. Y como la posible bondad de nuestras sociedades y de sus políticas no parece estar en buenos momentos, acaso hayamos de esperar lo peor: la desaparición paulatina, en buena medida consumada, del campo arquitectónico entendido como una cultura. Pero, si es así, más nos compete todavía guardar, como si fuéramos frailes medievales, el tesoro del conocimiento que somos capaces de vislumbrar. Se impone, pues, una nueva refundación, o restauración de la disciplina. Ahora

sería más fructífera, porque tantas cosas intensas e importantes se han hecho en estas décadas.

A veces siento pena por los estudiantes de ahora, a los que sigo enseñando con el mismo entusiasmo el oficio ilustrado en el que creo, pero consciente de que probablemente la mayor parte no tengan oportunidad de ejercerlo. Pero también he enseñado, en todos estos años, a entender el mundo a través de la arquitectura, tal y como yo mismo he hecho, y gozado; o, dicho de otro modo, a entender que la arquitectura trasciende ese oficio, no tanto porque tenga muchísima importancia, sino porque tiene una gran profundidad, gran amplitud y atractivo especial por sus valores genuinos. En sí misma, en su propia materialidad y precisión, en su concreción. La arquitectura es una convención humana, una obra humana, tan artificiosa y tan voluntaria como la gastronomía, pongo por caso, no tan lejano. Y del mismo modo que sin convertir en arte el hecho de comer, se puede vivir bien (véase, si no, a británicos, estadounidenses, holandeses,...) también sin buena arquitectura –la conversión de la necesidad del cobijo en un arte– se podría vivir. Por eso está, y estará siempre, en peligro.

Entender el mundo a través de la arquitectura, hacer que la arquitectura explique el mundo. He intentado hacerlo estudiando la arquitectura española, tanto en modo general como en términos monográficos, para intentar explicar el mundo producido por mis mayores y por mis contemporáneos. He intentado hacerlo de un modo crítico, pues es éste, creo, el único que alcanza el verdadero conocimiento.

He trabajado también sobre la arquitectura moderna universal, sobre algunos de aquéllos a los que tanto admiramos. Quisiera tener más vidas sólo para seguir haciéndolo.

He creído descubrir campos en los que la arquitectura se ha manifestado con amplio alcance, tal y como cuando ha tenido que intervenir para transformar positivamente cualificadas obras del pasado; o cuando se ha inspirado en formas ilusorias y figuras de lenguaje para acercarse a mundos como lo misterioso y lo poético y literario que parecían fuera de su alcance. He razonado sobre la condición impura de la disciplina arquitectónica, sobre la imposibilidad de resolver coherentemente todos sus dispares requisitos, y, así, sobre aquellos métodos e

ideas con los que los arquitectos han salido al paso de este problema.

He pretendido clasificar y analizar algunos de sus métodos, estudiando el ancestral arquetipo de sus patios, de la más remota antigüedad hasta lo contemporáneo; el procedimiento de la composición por partes, casi tan universal; o el ideal de la arquitectura compacta, igualmente extendido por arquitecturas muy diversas. Sé que no todo se puede sistematizar, y acaso ni siquiera esto que he dicho, y que he hecho. Pero también sé que el orden, el método y una atención indiscriminada al pasado, a la modernidad y al presente resultan enriquecedores para nuestros fines de conocimiento.

He escrito casi sin descanso desde hace muchísimos años. En los papeles está, y, como a Machado, me debéis lo que he hecho. Pero no pretendo otro pago que el de lo fructífero de mi ejemplo: que crean las generaciones posteriores en que la arquitectura, tal y como se produce en tantos casos afortunados y tan distintos, desde lo cotidiano a lo sublime, merece la pena. No sólo de ser admirada y gozada, sino de ser estudiada; es decir, entendida y explicada, para el progreso acumulativo de nuestro campo. Para ilustración y ejemplo de escépticos, expertos y profanos.

Ahora que todo lo profesional pierde fuerza, ahora que no construiremos tanto, tal y como parece, puede ser la gran ocasión de la reflexión y el estudio. ■

Antonio González-Capitel (1947), arquitecto y profesor de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Profesor invitado y visitante en numerosas universidades españolas, europeas y americanas. Arquitecto en ejercicio. Investigador con numerosos escritos y libros sobre arquitectura moderna española e internacional. Ha sido Inspector General de Monumentos del Estado (España) y director de la revista "Arquitectura" del Colegio de Arquitectos de Madrid. Ha sido miembro y presidente del comité de Arquitectura, Urbanismo y Construcción de la CNEAI.